

## LA FURIA Y EL OLVIDO DE LA CONVERSACIÓN EXTRATERRESTRE

Mirka Torres Acosta

Cuando nuestro amigo pisó la Tierra en esos años de incertidumbre las costuras rotas del sistema democrático, que se veían a mediana distancia cubiertas por el bienestar y el confort de una sociedad extraviada, el COVID-19 las puso violentamente frente a sus narices en cuestión de segundos y, con ánimo de aliviar el susto de su cara de sorpresa y miedo, le entregué algunas reflexiones.

Érase una vez el desacuerdo. Un individuo otrora posibilitador convertido en fauces voraces y furiosas de distinto color expuesto sin misericordia por la pandemia del COVID-19. Era una vez el desacuerdo que en el año 2020 sólo evidenciaba la punta del iceberg, un témpano repleto del envilecimiento de la vida política, el personalismo de la actividad pública y la apropiación de conceptos políticos fundamentales para la propia justificación. El desacuerdo, que a través de la dialéctica posibilitaba la presencia en la discusión pública de ideas y postulados diferentes a los propios, era un campo del que, a lo largo de la historia, habían salido enormes espinas pero también espléndidas rosas.

Este individuo se paseaba sin pudor, con la cabeza erguida y sin ninguna intención de bajarse del pedestal de la autocomplacencia a la vez que hablaba a favor de los ciudadanos que contemplaban impertérritos la cuenta negra de los infectados. Presenciaba como sus representantes mutilaban las ilusiones por parte de unos actores políticos y económicos que pugnaban por ir más rápido en posicionar sus propias verdades. Ya no eran políticos, eran espadachines de la causa patriota y absoluta de los buenos contra los malos. Los ciudadanos a los que decían defender, cuidar y proteger eran testigos de la lucha a dentelladas entre ellos, que ni siquiera el apoyo a las medidas tomadas por el contrario para paliar los efectos de la pandemia podía esconder. Reinaba a sus anchas, claro está, del ruido y de la mentira se alimentaba. Su naturaleza posibilitadora había desaparecido.

La implosión de unas costuras largamente apretadas y mantenidas por falacias discursivas a la carta dejó al rey al desnudo, pero lo más curioso es que el final no fue lo que en el cuento. Al final, el rey ni siquiera se avergonzaba de su desnudez recién descubierta. ¿Cómo hacerlo si era el dueño de la verdad absoluta? No estaba desnudo, los demás se equivocaban. Era bueno, entonces, para el desacuerdo ser el protagonista.

No era democrático lo que los partidos pretendían defender con sus certezas incuestionables y prístinas cargadas de conceptos tergiversados y, en algunos casos, expresiones en sí mismo de un sentido de la ridiculez pasmoso, adaptados a la contingencia y a la furia. Nada parecía quedar del ideal aquel del bien común, porque

salía muy caro y era una expresión demasiado alejada en el tiempo y poco atractiva para los eslóganes.

Y como ese muchos conceptos. El desacuerdo paseaba por la corrupción del lenguaje, el desapego a la belleza, la verdad y la bondad. En la incapacidad de gestionar el desacuerdo se desvelaba la preeminencia de la irreflexión y de los contenidos fútiles que mandaban de un sablazo a estas virtudes, otrora esenciales, al último vagón del tren. La vida y la muerte se conjugaban en clave ideológica haciendo de la compasión la diana del desprecio.

Lo trágico y triste del desacuerdo que todos los días desnudaba la pandemia es que el sentido de la fraternidad terminó siendo pauperizado en un sistema representativo herido de muerte. A todos los niveles, en las relaciones internacionales, en los modelos económicos, en el armazón conceptual y en la discusión pública. Era la incapacidad de producir una acción ponderada y discutida libremente de muchos gobiernos, incluidos los recién constituidos, a los que las promesas electorales se le volvieron cenizas.

Lógicamente mi amigo extraterrestre preguntaría cuáles eran las alternativas a esta muerte de las ideas y le diría que, en principio, como en todo, volvería la mirada a los cimientos que nos pudiesen rescatar de la amnesia y crear nuevas estructuras pensando que para que sea posible deberíamos respetar el sentido de la dignidad, la fraternidad y el acuerdo. Porque cuando comenzamos a considerar como sociedad que eran conceptos ingenuos comenzó la pobreza dialéctica de esos tiempos.